

## Capítulo 3: Hablar o saquear

Aunque probablemente Seserah hubiera empezado siendo una granja, ya no era solo tal cosa. Ahora era una aldea en toda regla, tal y como decía el mapa robado. Había una docena de casas de adobe, madera o argamasa desperdigadas por la ladera, varios graneros, dos establos y un molino de viento con sus cuatro astas inmóviles y desvencijadas.

– No vamos a sacar mucho oro de esta aldea –constató Petaco con un deje de decepción en la voz.

– Las apariencias engañan, Peta. Si no me crees, prueba a mirar a la hermosa mujer que tienes al lado y dime si... –la furtiva mirada que Furia le dirigió y el dolor que aún sentía en el labio hinchado lo hizo callar–. En fin, ya me entiendes.

– ¿Tenemos un plan? –preguntó el grandullón.

– Hay doce casas, cuatro para cada. Buscad en bajo los tablones o en el falso techo, romped los edredones, mirad en la tierra de las macetas, en las casetas de los perros...

– ¡Calma, Furia, calma! –Notas se adelantó unos pasos y se puso en medio del camino, obstruyendo todo avance posible–. No vamos a encontrar gran cosa aquí, tal y como ha dicho Peta. Lo mejor será que hablemos con estas gentes y averigüemos donde hay oro.

A Furia no le gustaba admitir los errores, y menos aún darle la razón a un idiota. Por eso se limitó a asentir con la cabeza y restarle importancia al asunto con un ademán.

Sin embargo, tuvieron que hacer frente a un silencio que solo rompía de vez en cuando el balido de una oveja chismosa. Las reses pastaban en los vastos campos de hierba de un verdor que Furia nunca había visto en las Llanuras.

– Aquí debe de llover mucho –dijo Peta, mirando a las nubes que flotaban en el cielo como pompas de jabón.

– ¿Es que nadie trabaja en esta aldea? –se impacientó Notas al ver que no había nadie en la calle–. Vamos a llamar a esa casa.

La aldaba golpeó tres veces y el sonido metálico retumbó. A Furia no le gustaba llamar a la puerta. Prefería entrar por su cuenta y sorprender al amigo o enemigo en su propia casa. Ni voz ni movimiento. Notas repitió el gesto con la aldaba. No hubo respuesta. Esperaron. Nadie abrió.

– Apartad –gruñó Petaco.

Reculó de un paso y esgrimió su enorme hacha con las dos manos. El primer golpe abrió una pequeña brecha en la madera y varias astillas salieron despedidas. El segundo agrandó el agujero donde antes estaba la cerradura. El tercero hizo temblar el edificio hasta los cimientos y la puerta quedó desencajada y entreabierta. La empujó con un pie y se avanzó hacia el interior.

– ¿El plan sigue siendo hablar, o podemos saquear esta casa? –preguntó Furia con una sonrisa.

– Saquea lo que quieras una vez que hayan respondido a las preguntas –replicó Notas, entrando detrás del grandullón.

Los postigos de las ventanas estaban cerrados y la luz entraba por pequeñas rendijas, pero entre eso y la puerta abierta había claridad suficiente para ver. El mobiliario era escaso y paupérrimo. Cajones de madera, sillas astilladas alrededor de una vieja mesa combada y una diminuta chimenea. En una pared lateral un arco sin puerta daba a una habitación con dos jergones de paja y un armario que olía a humedad.

– Aquí no hay nadie con quien hablar –declaró el gordo.

– Ni nada que saquear –apostilló Notas mirando a Furia con el gesto torcido.

– ¿Es que no lo oléis? –preguntó la mujer con la nariz arrugada.

Los otros dos cruzaron una mirada de desconcierto. Petaco usó sus grandes manos para abanicar el aire y echárselo hacia sus fosas nasales. Luego negó. Notas olfateó el ambiente como una rata.

– Huele... ¿a orina?

– Sí. A orina, sudor y miedo– confirmó Furia.

Paseó despacio por la alcoba, inspirando el aire cargado de humedad y alternando la mirada entre el techo lleno de fisuras y los tablones de madera que crujían bajo sus pies. Una sonrisa bailó en su rostro por un segundo cuando halló el lugar. Se alejó como si nada, disimulando su satisfacción. Con unos gestos de lo más ilustrativos, indicó a Petaco que se acercara y golpeara con el hacha en la zona donde había estado ella. Peta obedeció. Y Turut golpeó con hambre de madera.

El tablón se partió a la primera, y a la segunda cayó en el agujero. Un hondo y oscuro agujero. Petaco siguió abriéndolo con su hacha ante la atenta atención de Notas que se frotaba las manos.

El susodicho fue el primero en lanzarse a la negrura. Furia vio como se agachaba para avanzar y desaparecer bajo los tablones. Luego oyó las voces.

– ¡Piedad, por favor, piedad! Solo somos campesinos.

– Y yo solo un músico, tranquilos –oyó que decía Notas–. Subid, no temáis. Nadie os hará daño.

Furia no estaba tan segura de eso. Nunca le habían caído bien los suná. Las tribus de las Llanuras vivieron bajo el yugo del imperio durante siglos, esclavizados y usados para las tareas más tediosas y peligrosas. Los trataban como a animales. No a ella, personalmente, pues la sublevación ocurrió poco antes de que naciera, pero el odio que se profesaban viajaba de generación en generación entre los Kaloshi. Tan solo el jefe del clan mantenía cierta neutralidad, pues de sus lazos con Suna dependía su dominación sobre las Cien Tribus. Eso era algo que Furia no llegaría a entender jamás. ¿Cómo su clan, que tanto había sufrido la pesadilla suná, podía mantener lazos con esa gente? Peor aún, entablar conversación con el emperador Samprati Vigésimosegundo... A Furia le brillaban los ojos de rabia solo de pensarlo.

Sacudió la cabeza. En cualquier caso, eso hacía más llevadera la carga de haber asesinado al jefe de su clan por la espalda. “Se lo merecía, y además reía con el enemigo”, pensó. La cabecita que apareció por el agujero la devolvió a la realidad. Era un niño de ojos asustados con la cara blanca como la tiza. A él le siguieron una niña aún más pequeña que soltó un grito ahogado al

ver a Petaco con su hacha y una pareja temblorosa. Ambos debían tener alrededor de treinta veranos.

– Decidnos, humildes campesinos, tengo entendido que en estas tierras pagáis tributo a un señor, ¿cierto?

– Pa... Pagamos el diezmo a la Iglesia y... y la renta al se... señor –tartamudeó el hombre de la casa.

– Claro, la Iglesia –Notas escupió al suelo un gargajo–. Decidme, ¿quién es ese señor? ¿Dónde está?

– Vi... Vive en las montañas, en la fortaleza Tejmerel.

– Fortaleza... No me gusta como suena eso –admitió Notas.

– ¿Y qué esperabas? ¿Qué viviera en una cabaña? –se mofó Furia con desdén.

– Por aquí todos tienes casas y castillos –añadió Petaco, entre divertido y extrañado.

Un comentario totalmente irrelevante, pero el grandullón no era conocido por ser un hombre inteligente. Era un Zulur. Los Zulur eran gente sencilla, supersticiosa y que profesaba un gran amor a la bebida desde la más temprana edad.

– No tenemos nada, apenas unos lotos de bronce, los ahorros de todo el año que tendremos que entregar al conde.

– ¿Conde, dices?

– Sí, nuestro señor es conde. El conde de Tejmerel, Nerandra Sahari –el hombre parecía haberse relajado un poco y hablaba con mayor seguridad.

– ¡Por las nubes! ¿Por qué tienen nombres tan complicados? –preguntó Petaco.

– Son gente extraña, Peta, aquí compiten por tener el nombre más largo. Una vez me contaron que el nombre del emperador era tan largo que no se podía decir de una sola respiración –informó Notas dándoselas de sabiondo.

– ¿De verdad? –croó el jayán con cara de sapo, incrédulo y desconcertado.

– Ajá –asintió el músico. Luego volvió a centrarse en sus anfitriones–. Indicados donde está esa fortaleza en ese mapa –y lo extendió sobre uno de los jergones.

El padre se acercó titubeante y lentamente, se inclinó sobre el papel y examinó las líneas, los puntos y los colores. Estaba muy tenso. Admitió que no sabía leer, y Notas lo ayudó indicándole donde estaba su aldea y aclarándole algunos nombres de aldeas en los puntos que él señalaba. Tardó un buen rato en descifrarlo, pero al final el hombre confirmó el lugar: Handamart, se llamaba. Según él, era el nombre de la aldea antes de que el conde mandara construir su fortín. A Notas no le sorprendió, ya sospechaba que el mapa era viejo.

– Fantástico buen amigo. Muchas gracias por tu ayuda. En fin, perdonadnos por lo del agujero... –dudó un instante– y lo de la puerta. Es que nadie respondía y no fuimos capaces de encontrar un alma viva en este pueblo.

Todos parecían más tranquilos. El hombre relajó la tensión de sus hombros, dejándolos caer. Su boca dibujó un amago de sonrisa. Una de esas sonrisas fingidas que bien pueden salvar vidas. Cuatro vidas.

– Los niños os vieron llegar con las armas desde los promontorios y dieron la voz de alarma –explicó–. Se acerca el Torneo y los guerreros más despiadados de todos los rincones del imperio acuden a él durante estas semanas. Éste es uno de los tres caminos que llevan al pico del amanecer y...

– ¿Bronce o fuego? –interrumpió Furia, con un rictus de profundo aburrimiento que acentuó el bostezo que siguió a la pregunta y no se molestó en ocultar.

Nadie lo entendió, ni siquiera los suyos. Los dos niños y la pareja se la quedaron mirando sin saber qué decir. Creían que ya se habían librado de las preguntas, y esa última parecía una pregunta de lo más complicada. Furia sonrió, le encantaba iluminar a la gente con sus explicaciones.

– O nos dais el dinero, bronce, o bien os quemamos la casa, fuego.